Manual de independencia financiera **para mujeres**

FIDEVAL
FONDOS Y FIDEICOMISOS

CAPÍTULO 1:

“El dinero siempre estuvo en nuestras manos”

Durante siglos, la historia financiera de la humanidad ha sido contada en voz masculina. Los hombres tenían el derecho legal al patrimonio: podían heredar, abrir cuentas, acceder a créditos y poseer tierras. Las mujeres, en cambio, se relacionaban con el dinero a través de intermediarios: padres, hermanos o esposos eran quienes firmaban, decidían y acumulaban. Paradójicamente, mientras ellos gestionaban los grandes capitales, eran ellas quienes sostenían la economía del hogar. Desde las cocinas, los mercados y las mesas familiares, las mujeres planificaban cada gasto, estiraban cada moneda y garantizaban la alimentación, la educación y el bienestar de sus familias. Eran —y siguen siendo— **las administradoras invisibles del presupuesto** familiar, pero excluidas del derecho patrimonial.

En 1983, un experimento de microfinanzas desafió esta narrativa: al otorgar pequeños préstamos a mujeres, se descubrió que e**llas eran mejores pagadoras** y más comprometidas con el bienestar colectivo, marcando el inicio de una revolución silenciosa en el acceso financiero femenino.



La chispa de este cambio se encendió en Bangladés en 1983, cuando un economista prestó US $27 a 42 mujeres que fabricaban mobiliario de bambú, sin garantías, y observó que ellas pagaron y transformaron esa pequeña inversión en un negocio propio. Ese experimento condujo a la creación formal del Grameen Bank en octubre de 1983, un banco rural donde más del 90 % de sus prestatarias eran mujeres, con tasas de recuperación de crédito que rondaban el 95–98 %. Desde entonces, el microcrédito se convirtió en una herramienta global para incluir financieramente a las mujeres.”

Décadas después, el panorama es muy distinto. Hoy, más mujeres en América Latina tienen cuentas bancarias, invierten en fondos y participan en decisiones financieras globales. Según Bloomberg, -uno de los medios más influyentes en economía- para 2030 se prevé una transferencia masiva de riqueza hacia las mujeres —estimada en 34 billones de dólares— que transformará la economía mundial.
Las mujeres, que durante generaciones fueron rechazadas por el sistema financiero formal, resultan ser las gestoras más disciplinadas, estratégicas y solidarias. La historia está empezando a reconocer algo que las comunidades ya sabían: cuando las mujeres tienen acceso al dinero, no solo prosperan ellas, prosperan las economías enteras.

El dinero no debería ser un tema incómodo entre mujeres. Debería ser una conversación de poder, de propósito y de posibilidades.



CAPÍTULO 2:

Los sesgos que heredamos: romper con la historia que nos enseñó a temerle al dinero.

Desde pequeñas, muchas mujeres crecimos escuchando frases como “el dinero no da la felicidad”, “mejor que lo maneje tu papá” o “las mujeres son malas para los números”.

Esas frases, repetidas generación tras generación, no eran simples consejos: eran mensajes culturales que moldearon nuestra relación con el dinero. Mientras a los hombres se les enseñaba a generar riqueza, a nosotras se nos enseñaba a administrar la escasez.

Durante siglos, la educación emocional y social de las niñas ha estado centrada en el cuidado, la prudencia y la contención, valores que son virtudes, pero que en exceso se transformaron en barreras financieras invisibles. Así, aprendimos a sentir culpa por desear abundancia, miedo a invertir, y desconfianza en nuestra propia capacidad para decidir sobre el dinero.

Estos sesgos no nacen del azar: son el reflejo de un sistema que históricamente asoció el poder económico con lo masculino. Estudios del Banco Mundial y el Banco Internacional de Desarrollo (BID) muestran que incluso hoy, las mujeres son menos propensas a tener productos de inversión o crédito formal, en parte por falta de confianza en sus conocimientos financieros, un resultado directo de cómo fueron socializadas en torno al dinero.

La buena noticia es que los sesgos se pueden desaprender. Así como durante décadas se nos enseñó a ahorrar “por si acaso”, hoy podemos aprender a invertir “para construir”. Romper estos paradigmas no es solo un acto personal, sino también político: implica reclamar nuestro derecho al patrimonio, a la libertad y a la prosperidad.



El tema de los sesgos está tan presente que en 2019, un caso emblemático reveló cómo los sesgos de género se esconden incluso en los algoritmos financieros. Una pareja en Estados Unidos —el empresario David Heinemeier Hansson y su esposa— denunció públicamente que la nueva tarjeta Apple Card, emitida por JPMorgan Chase, le otorgó a él un límite de crédito 20 veces mayor que el de ella, a pesar de que ambos compartían patrimonio, cuentas bancarias y declaración de impuestos conjunta. La historia se volvió viral y obligó a las autoridades a investigar el sistema de aprobación de la tarjeta. Lo más revelador fue que no existía una persona tomando esa decisión: era un algoritmo, entrenado con datos históricos que replicaban el sesgo de que los hombres son los principales constructores de patrimonio. Este episodio demostró que incluso la tecnología —que se percibe como neutral— puede amplificar desigualdades si se alimenta con información basada en décadas de discriminación financiera hacia las mujeres.

El sesgo no siempre es visible. A veces, vive en los números que deciden por nosotras.

CAPÍTULO 3:

Reescribir el guion financiero: cómo sanar los sesgos y crear una nueva relación con el dinero.

La buena noticia es que los sesgos no escriben destino si los desaprendemos y reconstruimos. Podemos reeducar la mente financiera igual que aprendimos a caminar, hablar o escribir. Los hábitos que heredamos —como temer al riesgo, sentir culpa por gastar o dudar de nuestras decisiones— no son rasgos de personalidad: son aprendizajes culturales que hoy podemos transformar.

A)

Reconoce de dónde vienen tus creencias.

Tu historia con el dinero comenzó mucho antes de que tuvieras una cuenta bancaria. De niñas, observamos cómo nuestras madres o abuelas administraban sin decidir, cómo los hombres hablaban de “negocios” mientras las mujeres hablaban de “ahorros”. Esas experiencias tempranas dejan huellas profundas: si creciste en un hogar donde el dinero era fuente de conflicto o silencio, es probable que hoy lo asocies con estrés, miedo o culpa.



Ejercicio práctico:

Toma una hoja y escribe tres frases que escuchabas sobre el dinero cuando eras niña. Luego reescríbelas desde una mirada adulta.

Ejemplo:

El dinero no crece en los árboles.	→	El dinero crece cuando se siembra con inteligencia.
No gastes, guarda todo.	→	Ahorrar está bien, pero invertir me permite crecer.

Este simple ejercicio reprograma tu lenguaje financiero interno.

B)

Detecta los sesgos invisibles que guían tus decisiones

El sesgo más poderoso no es el que vemos, sino el que actúa sin que lo notemos. Los sesgos de género todavía afectan incluso a las mujeres con buen historial crediticio: ellas pagan igual o mejor que los hombres, pero reciben montos menores y tasas más altas. Esto no solo ocurre fuera: muchas veces somos nosotras mismas quienes autoexcluimos oportunidades por miedo o autocrítica excesiva.



Ejercicio práctico:

Piensa en la última vez que dudaste de una decisión financiera (pedir un aumento, invertir, emprender). Pregúntate:

“¿Mi duda viene de un hecho real o de una creencia aprendida?”

Nombrar el sesgo es el primer paso para desactivarlo.

C)

Cambia la narrativa: del miedo al merecimiento

Durante generaciones, a las mujeres se les enseñó a ser prudentes y evitar “jugarse el dinero”.
Pero como muestra Sage en sus estudios sobre sesgos de género, la diversidad financiera —cuando las mujeres participan en decisiones económicas— mejora el rendimiento y la estabilidad de las organizaciones. Es decir: la evidencia contradice al prejuicio.
Tú no eres un riesgo. Eres un activo.



Ejercicio práctico:

Cada vez que te descubras pensando **“esto no es para mí”** o **“no soy buena con los números”**, di en voz alta:

“Mi historia no me limita, me prepara.”

La repetición afirmativa tiene poder neuropsicológico: cambia la forma en que tu cerebro procesa el riesgo y la autoconfianza.

D)

Crea un plan de acción para tu independencia.

Sanar los sesgos no sirve si no se traduce en acción. Diseña un plan financiero con metas realistas que te conecten con la sensación de logro.

Comienza por tres pasos:

1. Abrir tu propia cuenta de inversión o ahorro (aunque sea con $10).

2. Automatizar un porcentaje de tus ingresos para educación financiera o inversión.

3. Conversar sobre dinero con otras mujeres —amigas, colegas o comunidad— para normalizar el tema.

Según Fideval, hablar de dinero en espacios femeninos reduce el miedo, mejora la confianza y **crea redes de apoyo que facilitan el acceso a crédito e inversión.**

E)

Rodéate de comunidad, no de culpa.

Desaprender sesgos no se logra sola. Los cambios más profundos ocurren cuando las mujeres se acompañan. Únete a grupos de inversión, comunidades de aprendizaje o mentorías.

En América Latina están surgiendo redes poderosas que combinan educación, inversión y propósito. Allí no se juzga, se aprende juntas.

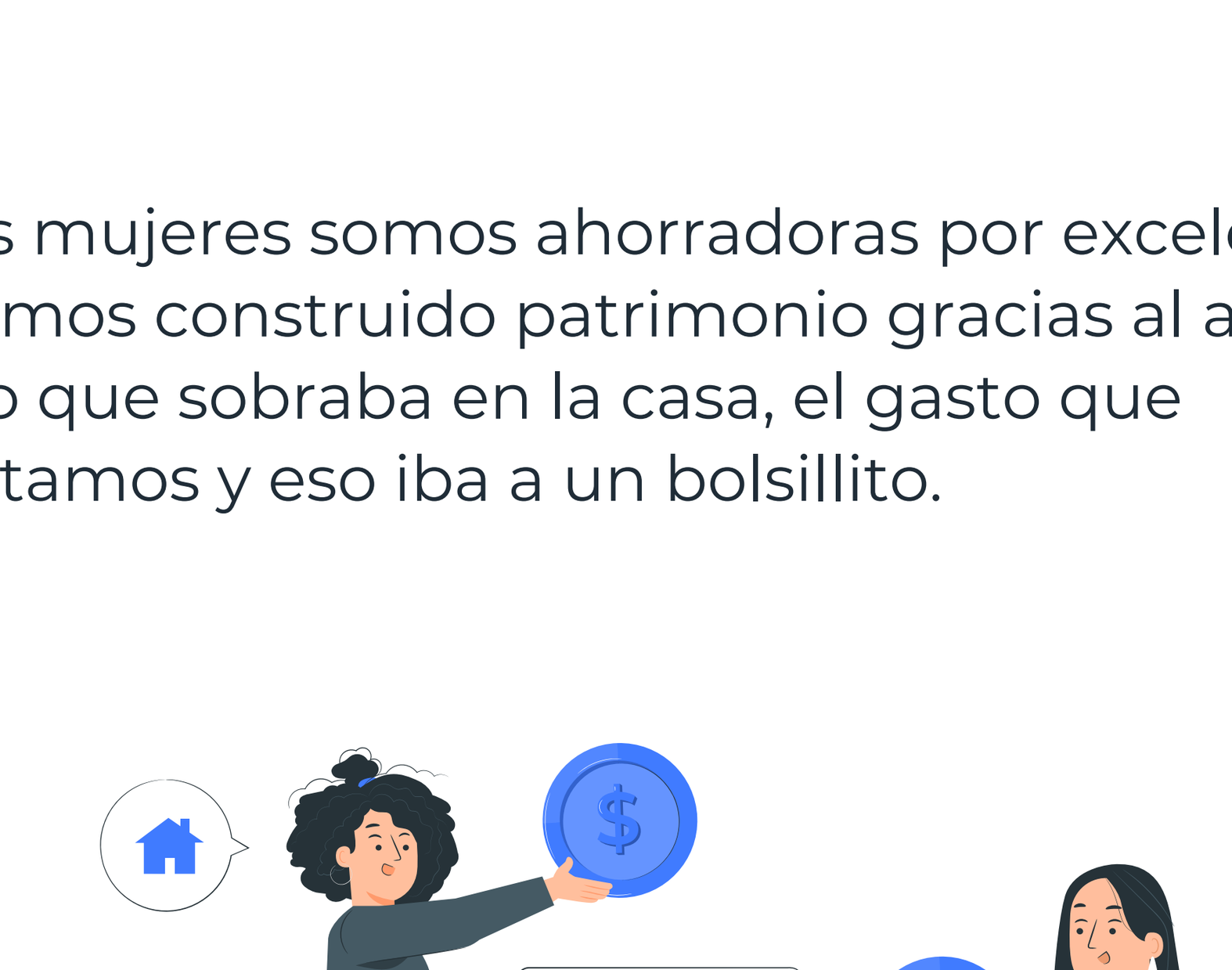
“No queremos guardar, queremos crecer.”

Romper los sesgos de crianza no es rebelarse contra nuestras madres o abuelas: es honrar su legado, pero con nuevas herramientas. Ellas administraron lo que tenían; nosotras podemos multiplicarlo. Cada decisión que tomes hoy —abrir una cuenta, invertir, hablar de dinero— es un paso más hacia la independencia que ellas soñaron.

CAPÍTULO 4:

De ahorradoras a inversionistas: el salto que cambia nuestra historia financiera.

Las mujeres somos ahorradoras por excelencia. Hemos construido patrimonio gracias al ahorro, a lo que sobraba en la casa, el gasto que evitamos y eso iba a un bolsillito.



El legado silencioso del ahorro femenino.

Durante décadas, las mujeres han sido las **guardianas invisibles de la economía familiar.**
Nuestras abuelas no tenían títulos financieros, ni asesorías, ni cuentas de inversión; pero sí tenían algo más poderoso: **la intención de ver a su familia bien.**

Guardaban los centavos que sobraban del mercado, doblaban los billetes en un frasco escondido o bajo el colchón, y cuando llegaba el momento, aparecía el milagro:

un dinero para el nieto que estudiaría en el extranjero, para cubrir una emergencia médica o para comprar ese electrodoméstico que cambiaría la rutina del hogar.

Ese esfuerzo, muchas veces silencioso e invisibilizado, fue la semilla de una cultura del ahorro por amor, una economía emocional que sostuvo generaciones enteras.

Las mujeres fueron —y siguen siendo— el motor de la estabilidad financiera familiar, aunque raramente se les haya reconocido como tales.

“Ellas no acumulaban riqueza, acumulaban posibilidades.”

El ahorro: un acto de protección, no de crecimiento.

El ahorro ha sido el lenguaje financiero más accesible para las mujeres durante siglos.

Consiste en guardar dinero para un objetivo o emergencia, normalmente en efectivo o cuentas bancarias tradicionales. Es un hábito saludable, pero tiene una gran limitación: el dinero ahorrado no crece, y con el tiempo, pierde valor por la inflación. Por ejemplo, si guardas $100 bajo el colchón durante 5 años, ese dinero seguirá siendo $100, pero su poder de compra será menor: los precios habrán subido, y con ellos, tus gastos.

El ahorro protege, sí, pero no multiplica.

La inversión: hacer que tu dinero trabaje para ti.

Invertir, en cambio, es poner tu dinero a producir más dinero.Es pasar de cuidar el dinero como algo frágil, a tratarlo como una herramienta poderosa. Cuando inviertes, tu dinero genera rendimientos: intereses, dividendos o ganancias que aumentan tu patrimonio sin que tengas que trabajar más horas.

“Ahorrar es guardar tu dinero. Invertir es darle un empleo.”

Cada peso que inviertes es una semilla que crecerá con el tiempo. Ahorrar te da tranquilidad. Invertir te da libertad.

Por qué las mujeres son naturalmente buenas inversionistas

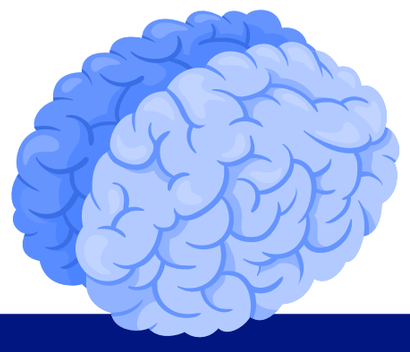
La historia lo demuestra: cuando las mujeres acceden a capital, lo usan con visión. Desde el experimento de microfinanzas de 1983 en Bangladés —donde 42 mujeres demostraron ser mejores pagadoras y gestoras que sus pares masculinos— hasta los actuales fondos de inversión con enfoque de género, la evidencia es clara: **las mujeres invierten con propósito, constancia y responsabilidad.**

No falta capacidad, falta acceso y confianza.

Por eso este capítulo no busca reemplazar el valor del ahorro, **sino evolucionarlo.** Nuestras abuelas ahorraron para proteger. Nosotras podemos invertir para progresar.



Cómo dar el salto:
de ahorradora a inversionista



Paso 1.

Cambia la mentalidad:

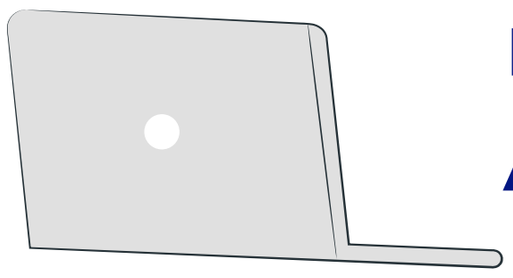
No estás “arriesgando tu dinero”, estás dándole la oportunidad de crecer.

Paso 2.

Empieza con poco:



No necesitas grandes montos. Empieza con lo que antes guardabas, pero en un instrumento que genere rendimiento.



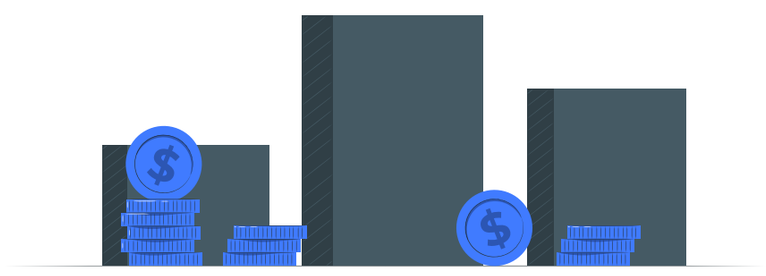
Paso 3.

Aprende antes de actuar:

Lee, escucha, pregunta. Hoy existen plataformas de educación y simuladores de inversión gratuitos para mujeres.

Paso 4.

Define un propósito:



Invierte con sentido: educación, retiro, independencia, impacto social. El propósito transforma el miedo en compromiso.

CAPÍTULO 5:

Del miedo a la acción: el primer paso hacia tu independencia financiera

Introducción: el miedo como herencia y oportunidad.

Durante generaciones, a las mujeres se nos enseñó a temer al dinero. A sentir que hablar de inversiones era arrogante, o que equivocarse en una decisión financiera era un fracaso, y muchas veces se sentía que era culpa de no involucrar al hombre de la casa. Ese miedo no nació contigo: te lo heredaron. Crecimos escuchando que “invertir es arriesgado”, “los mercados son complicados” o “eso es para los hombres de traje”, y esos sesgos nos hicieron temerle al crecimiento patrimonial. La verdad es otra: el miedo no es enemigo, es una señal de crecimiento.

Sentir temor antes de invertir es completamente natural. La diferencia está en qué haces con ese miedo: si lo usas como excusa para no actuar, o como impulso para aprender y avanzar.

“El miedo financiero no se elimina con información, se transforma con acción.”

Entender de dónde viene el miedo

El miedo femenino a invertir no es irracional: es histórico. Durante siglos, se nos excluyó del sistema financiero formal. Hasta hace pocas décadas, en muchos países, las mujeres no podían abrir una cuenta bancaria sin autorización de un hombre. Ese legado dejó huellas en la mente colectiva: asociamos el dinero con peligro, culpa o desigualdad.

Según el Banco Mundial, las mujeres aún representan menos del 40% de los inversores activos en América Latina, a pesar de que tienen tasas de pago más altas, y de que más del 50% administran el presupuesto familiar. Es decir: tenemos las habilidades, pero no la confianza.



Ejercicio práctico:

“Ponle nombre a tu miedo”

En una hoja, escribe:

¿Qué me da miedo de invertir?
¿Qué es lo peor que podría pasar si lo intento?
¿Y qué podría ganar si me sale bien?

Verás que el costo de no hacerlo casi siempre es mayor que el riesgo de empezar.

Desmitificar la inversión: no es para las ricas, es para las decididas

Invertir no significa jugar en la bolsa o tener grandes sumas de dinero. Significa poner a trabajar lo que ya tienes, aunque sea poco. Hoy, en Ecuador hay plataformas que permiten invertir desde 20 dólares, de forma segura y regulada, con débitos mensuales automatizados para que ni sientas y al pasar el tiempo tendrás ya un patrimonio para cumplir metas. Puedes averiguar los fondos de inversión de Fideval que ya son portafolios armados por expertos con participación en distintas empresas del sector real que es la parte de la economía que se dedica a la producción, distribución y consumo de bienes y servicios (es decir, aquellas empresas que consumimos en el día a día como ir al cine o comprar en un supermercado) y sector financiero, y esa composición te permite invertir en el largo plazo para obtener rentabilidad esperada y aprovechar el interés compuesto a tu favor, para que el crecimiento patrimonial sea una realidad.

Lo importante no es cuánto inviertes, sino empezar. Porque la confianza no viene antes de actuar: aparece después.

“No esperes sentirte lista para invertir. Invierte, y verás cómo te sientes lista.”

Mini reto: Abre un fondo de inversión (aunque no inviertas aún). Familiarízate con la plataforma, los fondos y los gráficos, mira el rendimiento, comienza a hacer aportes extraordinarios y mira cómo tu dinero va creciendo. El simple acto de ver tu nombre en una cuenta inversora cambia tu mentalidad: pasas de espectadora a protagonista.

El cerebro femenino y la inversión inteligente

Estudios de Fidelity Investments y Merrill Lynch muestran que las mujeres, cuando invierten, obtienen rendimientos ligeramente superiores a los de los hombres (0.4% más al año en promedio).

¿Por qué?

Porque tienden a:

- Mantener inversiones a largo plazo.
- Evitar decisiones impulsivas.
- Diversificar mejor.

Es decir, **el estilo femenino de invertir** es más estratégico y paciente. El problema no es la capacidad, sino el miedo inicial que impide comenzar.

Ejercicio 2

“Mi primer plan inversor”



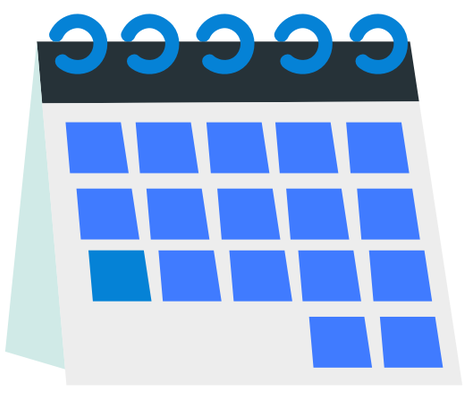
Paso 1.

Define una meta: “Quiero invertir para mi retiro / para la universidad de mis hijos / para viajar en 3 años.”



Paso 2.

Decide un monto inicial, aunque sea simbólico ($10, $20, $50).



Paso 3.

Comprométete a mantenerlo al menos 3 meses.



Paso 4.

Anota o dibuja cada mes cómo te hace sentir ver crecer tu dinero.

Este proceso no solo entrena tus finanzas, también **reconecta tu mente con el merecimiento.**

Transforma el miedo en estrategia

No hay inversión sin riesgo, pero hay algo peor que perder dinero: perder oportunidad.
El dinero guardado pierde valor con el tiempo; el dinero invertido se multiplica.

Por eso, más que eliminar el miedo, debemos aprender a gestionarlo.

- Informa tus decisiones: lee, pregunta, usa simuladores.
- No busques certezas, busca comprensión.
- Rodéate de otras mujeres que estén aprendiendo.
- Celebra los pequeños pasos (tu primera inversión, tu primer dividendo).

El miedo disminuye cada vez que actúas.

El poder de hacerlo juntas

Invertir no es solo un acto individual. Cuando una mujer invierte, abre el camino para otras.
Por eso, crea tu red: comparte lo que aprendes, pregunta sin miedo, une tu voz a comunidades de inversión femenina. El conocimiento compartido se convierte en poder colectivo.

Recuerda:
“Si 100 millones de mujeres invirtieran 20 dólares al mes, podríamos mover la economía de un continente.Tu inversión, por pequeña que parezca, forma parte de esa transformación”.

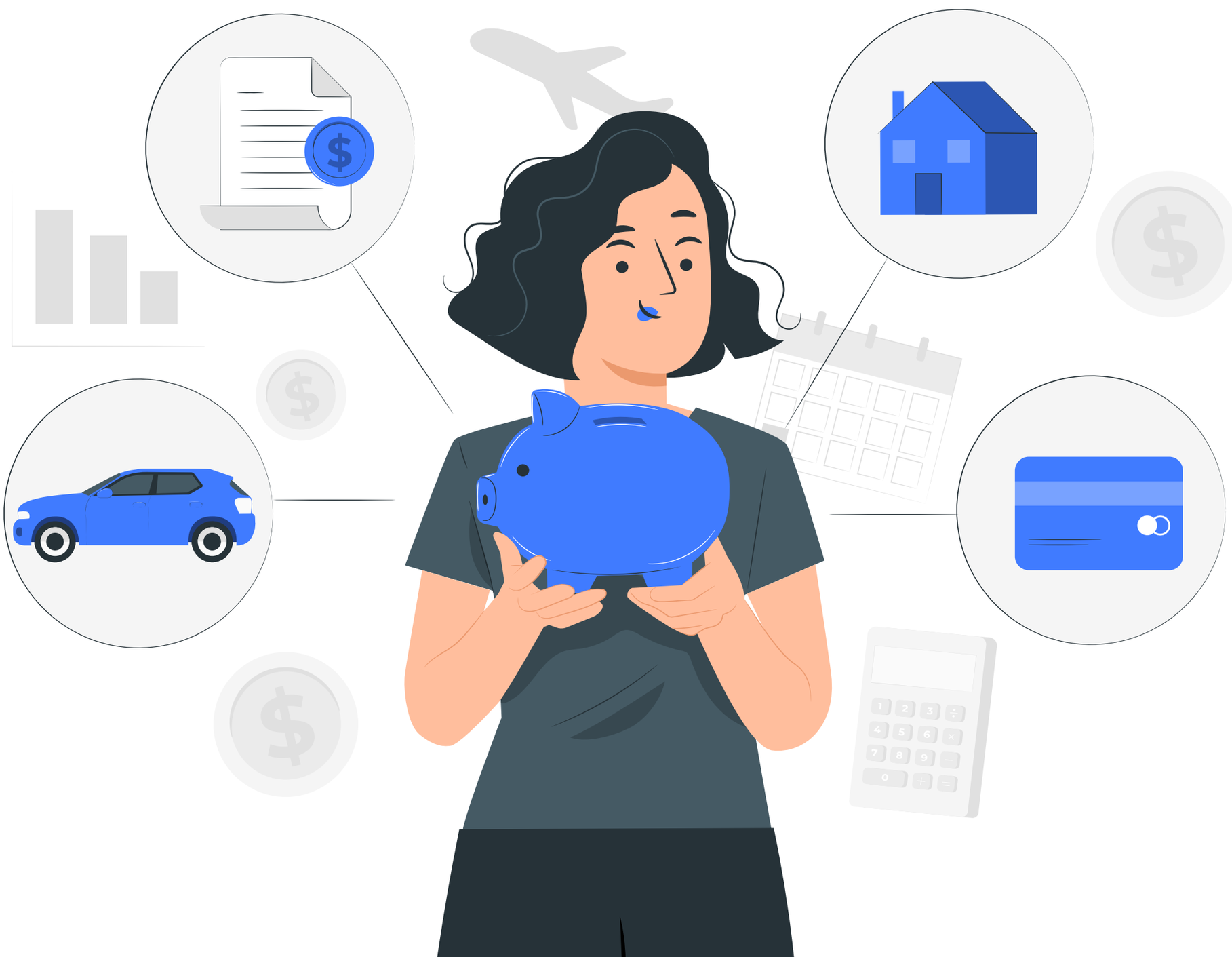
Invertir es mucho más que mover dinero: es una declaración de confianza en ti misma.
Es dejar de sobrevivir para empezar a construir. Es decirte: “Yo también merezco prosperar.” Cada vez que eliges invertir, desafías siglos de historia que te dijeron que no podías. Y así cada dólar que pones a trabajar, escribe una nueva historia: la de mujeres que ya no temen al dinero, porque aprendieron que el dinero también puede ser un acto de amor propio.

“El miedo no desaparece. Se transforma en poder cuando das tu primer paso.”

El tiempo es el activo más importante, y lo tenemos todas.

El tiempo es el activo más democrático y poderoso que existe: no se compra, no se hereda, no se fabrica. Todas lo tenemos, pero solo quienes lo usan con intención lo convierten en riqueza. Para las mujeres, entender esto es clave: no necesitamos grandes capitales para construir patrimonio, necesitamos disciplina, metas claras y una decisión valiente de empezar hoy. El interés compuesto —ese efecto mágico en el que tus ganancias generan nuevas ganancias— es la prueba de que el dinero también crece cuando tiene tiempo de florecer. Cada mes que inviertes, aunque sea poco, estás plantando semillas que el tiempo se encargará de multiplicar. No se trata de suerte ni de talento financiero; se trata de constancia. Porque mientras muchas cosas pueden cambiar en la vida, el tiempo bien aprovechado siempre paga intereses de libertad.

Empieza hoy, aunque sea con poco. Porque tu tiempo —no tu dinero— es el verdadero motor de tu independencia.



CAPÍTULO 6:

Honrar el pasado, construir el futuro.

Nuestras abuelas fueron las primeras estrategas financieras que conocimos. Planificaban con lápiz, fe y corazón. Hacían rendir lo poco para alimentar a muchos, y lograban milagros silenciosos sin acceso a cuentas, créditos ni inversiones. Ellas no hablaban de patrimonio, pero **lo construyeron en forma de estabilidad, amor y esperanza.** Su plan era simple: que a la próxima generación le fuera un poco mejor.

Hoy, nosotras somos esa generación por la que ellas soñaron. Gracias a su lucha —y a la de tantas mujeres que abrieron camino— tenemos acceso a herramientas que ellas jamás imaginaron: **bancos digitales, fondos de inversión, educación financiera, criptomonedas, bonos verdes y comunidades de mujeres que invierten juntas. Ellas planificaban sin patrimonio; nosotras podemos planificar con él.**

El siguiente paso es nuestro. Ya no basta con administrar o ahorrar: es momento de **invertir con propósito,** de tomar decisiones informadas, y de elegir —sin miedo— si queremos hacerlo de forma conservadora, moderada o arriesgada. Porque el verdadero homenaje a nuestras madres y abuelas no es repetir su sacrificio, **sino expandir sus sueños.**

Invertir hoy no es solo un acto económico: es un acto de gratitud, de libertad y de continuidad.
Cada cuenta que abrimos, cada peso que ponemos a trabajar, es una manera de decirles: “Gracias por planificar para que yo pudiera invertir.”

Así, con disciplina, amor y visión, las mujeres de esta generación no solo haremos historia: **seremos la generación que transformó la planificación en patrimonio.**

CAPÍTULO 7:

El 52% de clientes Fideval son mujeres que ya apostaron por la inversión.

Los fondos de inversión de Fideval son vehículos financieros que permiten a las personas invertir su dinero de forma segura, diversificada y administrada por profesionales. En lugar de invertir sola en un activo, al unirte a un fondo participas junto con otros inversionistas, lo que te da acceso a una cartera diversificada de instrumentos financieros (bonos, acciones, depósitos, entre otros) diseñada para reducir el riesgo y optimizar el rendimiento. Cada fondo es gestionado por un equipo experto que toma decisiones con base en análisis técnico, financiero y de mercado, y Fideval cuenta con calificaciones AAA, lo que refleja su solidez y confiabilidad en la administración de recursos.

Entre sus alternativas existen distintos tipos de fondos según el perfil del inversionista:

1. **Fondos de liquidez o corto plazo:** ideales para quienes buscan seguridad y disponibilidad

2. **Fondos de renta fija:** Enfocados en obtener rendimientos estables y predecibles.

3. **Fondos balanceados o mixtos:** Combinan seguridad y crecimiento.

En resumen, invertir en Fideval significa poner tu dinero a trabajar de manera inteligente, con respaldo profesional y acceso a un portafolio diversificado que se adapta a tus metas, tu plazo y tu nivel de riesgo.

Fin del ebook y el principio de tu historia como inversionista en Fideval.